

Palabras en las honras fúnebres de Gonzalo Díaz Cuevas (“El secreto de los sueños”)

Me despedí de Gonzalo el miércoles pasado, poco antes de las 6 de la tarde. Al día siguiente, Nury nos avisó de su muerte, ocurrida a las 5 y diez de la tarde de ese mismo jueves. Me había pedido hablar en esta ceremonia. Pensé que no podría. Pero, sin saber qué decir y cómo hablar, tuve que sobreponerme. La amistad de años, la complicidad, la gratitud por el don de su presencia, de su obra, de su palabra, de su preciso rigor y su generoso afecto definen una necesidad y un deber al que no cabe faltar.

De vuelta en mi casa, medio aturdido, apenas hube entrado, escuché una frase, un retazo de frase, que es al mismo tiempo un lema y una cifra: “el secreto de los sueños”. Y no pude dejar de escucharla, ronca, insistente. El lugar del que procede es célebre. En una carta al amigo Fliess, Freud juega con la idea de una placa de mármol con la siguiente inscripción: “En esta casa, el 24 de julio de 1895, le fue revelado al doctor Sigmund Freud el secreto de los sueños”. Gonzalo Díaz recurrió a esta frase en su instalación *Lonquén 10 Años*, inaugurada en la galería *Ojo de Buey*, del Instituto Arcis, el 12 de enero de 1989. “Le fue revelado el secreto de los sueños” es la anotación que, con lápiz carpintero rojo, hizo Gonzalo Díaz al margen de una de las páginas introductorias del libro *Lonquén*, de Máximo Pacheco, página en que se refería la denuncia anónima que recibió un sacerdote acerca de unos restos humanos en los hornos de una mina de cal abandonada, en la localidad de Lonquén: quince cadáveres que resultaron ser de detenidos desaparecidos, campesinos de la misma zona. El hallazgo, de fines de 1978, es detallado y documentado en el libro de Pacheco.

Lonquén 10 Años está compuesta por un armazón casi piramidal de cuartones de pino dentro del cual están apilados unos 120 bolones de río, cada uno con su correspondiente numeración estampada; sobre el armazón, en diagonal, como tilde o trazo, un tubo de argón. En otros tres muros de la sala hay 14 cuadros con marcos lacados negros dentro de cada uno los cuales se advierte un cartón lija oscuro, protegido por vidrio; sobre los marcos un apliqué de bronce, al costado izquierdo de cada uno, una pequeña repisa negra y lacada, sobre la que reposa un vaso común a medio llenar. La luz del apliqué permite leer la inscripción grabada en la cara interior de los vidrios: “En esta casa, el 12 de enero de 1989, le fue revelado a Gonzalo Díaz el secreto de los sueños.”

En una entrevista de la época, Gonzalo advertía sobre la multiplicidad de lecturas a que se ofrecía el conjunto. En realidad, se podría decir que para abrirse a lo que allí se presentaba era preciso aprender a leer de nuevo. Hablar de espesor o densidad simbólica sólo serviría para sugerir la necesidad de ese nuevo aprendizaje, porque lo que había allí era una densidad de *experiencia*, minada en todas partes por la falta de guías ciertas, obligada a cada instante a decidir por propia cuenta y riesgo su sentido, tan frágil y transitorio como discutible. ¿Y cómo se lee la experiencia, si no es en la experiencia misma, con ella? En el breve texto que Gonzalo Díaz destinó a la *presentación del autor*, había una clara alusión a esa densidad, en la explicación del largo tiempo que tuvo que tomarse el artista para abordar un hecho obsesivo, abierto como un abismo:

Sólo después de diez años de retención metabólica, de mirar lo que ocultan esas fauces fotográficas de medio punto —arquitectura adecuada a la magnitud de una masacre— se me ha hecho posible enfrentar directamente el *Via Crucis* de este pavoroso asunto. Lonquén, el *punctum* pestilente que aflora con porfía desde la ciénaga espesa del monótono discurso oficial, revelando su exacta contradicción. Un ejemplo —que desgraciadamente ha multiplicado sus manifestaciones— que resume en cada *pedra de escándalo* de sus oscuros arcos, todos los lugares y fosas comunes del régimen. El paradigma que soporta y condiciona todos sus éxitos...

Esa *retención* de que habla Gonzalo no se debe sin más a una voluntad, a una disciplina y a un control consciente, sino que ha sido forzada por la evidencia engeguedora de la ruina, de esa especie de monumento funerario de “piedra sobre piedra”, reliquia de un estadio rudimentario de la industria; la ha forzado la evidencia del negro boquerón de la entrada. Una retención que es un ejercicio admirable de sobrevivencia en el arte; de sobrevivencia del arte, se diría, asimismo, “en medio de la hecatombe”. Ese ejercicio hizo posible llevar la relación con la historia política y social del país a un estatuto distinto al del testimonio, la ilustración, la denuncia, la extrapolación metafórica. La paciencia de Gonzalo pudo gestar una poética de extrema pulcritud y perspicacia que rige en toda su obra; *Lonquén 10 Años* es, de ella, ápice deslumbrante. Dije que para leer (y ver) esta obra era preciso aprender a leer (y a ver) de nuevo; en ella el arte trae lo real de distinto modo: no representa, es experiencia desnuda. Impide la conversión simbólica de lo vivido —de lo vivido a ciegas—, y signa el socavón y la cuenca sobre los cuales la existencia, agredida, se equilibra a duras penas. Fatalidad arquitectónica, ésta, de los hornos, que tiene en la configuración política de un sistema de vida —el más indeseable— su momento crucial: para construir, para erigir, se tiene indefectiblemente que excavar el suelo en que ha de levantarse lo

construido. Fundar es desfondar. “Cavamos el pozo de Babel”, anotaba Kafka en su *Diario*. Los fundadores se apresuran a cubrir el abismo —con tanto más apremio y ostentación, cuanto mayor ha sido el capital de violencia que han invertido— con emblemas, ceremonias y efemérides. Gonzalo se impuso la tarea arqueológica —y ya se advierte cómo esta rama de una hipotética ciencia de los vestigios está señalada en el inventario numérico de las piedras—, la tarea de mostrar ese desfondamiento.

Lonquén 10 Años es la gran obra de todo el periodo de la dictadura y sus horrores, instalada como memento indeleble, como fondo inmemorial de lo inolvidable y como cuenta esencial de toda una historia, la nuestra. Entre tantas obras ejemplares que deja Gonzalo Díaz, esta tiene, para mí, un lugar aparte, como si en ella se concentrara, a la manera de un jeroglífico (“el secreto de los sueños”), toda la labor, la infalible inteligencia y la pasión de la Obra Gonzalo Díaz; en una palabra: su inexorable lucidez. Toda la lucidez de Gonzalo se expandió en la enseñanza, la escritura, la política —“poner el dedo del arte en la llaga de la política” —, la universidad, la Universidad de Chile, por cierto, no por mera pertenencia, sino por exigencia de lo que tiene que ser, y a lo que no siempre responde. Toda esa lucidez: una exigencia y una Obra mayúscula.

(Pausa.)

Las primeras obras que vi de Gonzalo, en un lejano 1978, en una sala de Pedro de Valdivia al llegar a Eliodoro Yáñez, eran pinturas de la serie *El paraíso perdido*. Las recorrí y no pude sino pensar en los sueños. “Pintura onírica”, me dije, o dije a quien acompañaba, sin saber lo que decía. No las olvido, no olvido esas pinturas.

“El secreto de los sueños”. La lucidez, la labor, la inteligencia, la pasión y tanto más, saben que un secreto se cifra, se guarda y se retiene como secreto. No hay cómo decirlo. ¿Cómo decirlo?

(Pausa.)

Y ahora, que ese *otro* secreto de los sueños, el que te fue revelado en la infancia, y que te destinó a ser lo que has sido, todo lo que has sido, que agradezco y agradecemos como pródigo don, que ese *otro* secreto te reciba y te acoja y amorosamente te oville, te acune, Gonzalo, querido amigo.

Pablo Oyarzun Robles
Museo de Arte Contemporáneo
Sábado 13 de diciembre de 2025